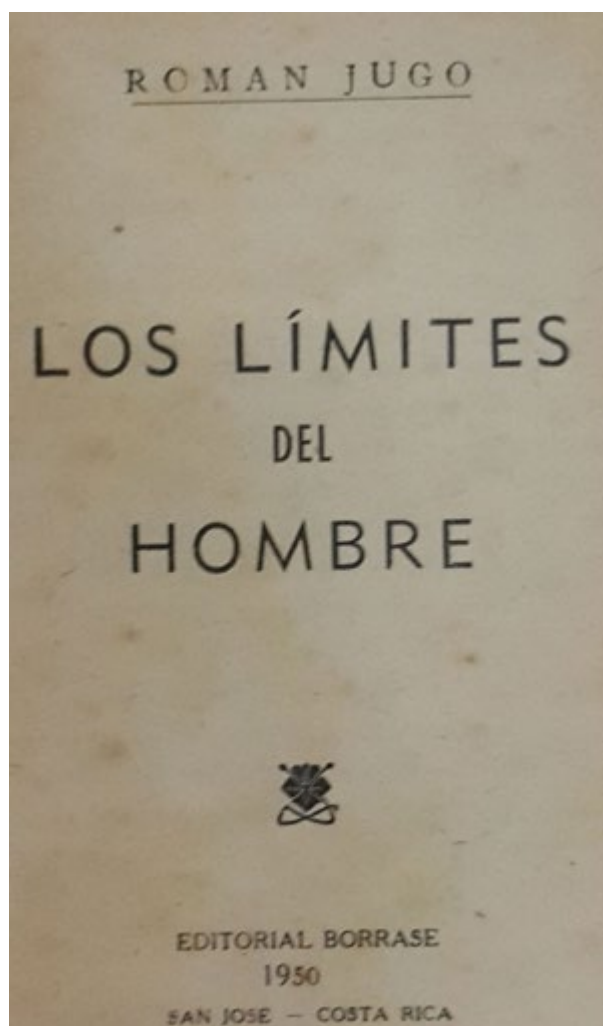


Román Jugo



Bulle, en las páginas breves de la admirable novela de Jugo, ese inquietante extranjero, ese trágico cotidiano que se esconde en los pliegues más íntimos de la conciencia humana. El doloroso misterio de cada espíritu electo lo convierte, sin esfuerzo alguno, en un desterrado de su tiempo. Hay en él sombrías desesperaciones provocadas por la soledad fecunda: suplica le concedan, no el reposo innecesario, sino una máscara, otra máscara, muchas máscaras. Se desprende de la lectura del denso volumen que analizo, la idea de ese ritmo de conciliación y de agresión que está en la base de toda personalidad humana. Esa oscilación entre el egoísmo y el altruismo. Entre el Yo y el Tú.

En esa polaridad moral -inflexible para muchos- viven los hombres ante el reto constante de la vida. De allí, el imperio innegable de la desconfianza. La tiranía temerosa de la duda. Las tentaciones que ya no tientan. Las amables negativas. Los desprecios indulgentes. Lo peor: el silencio angustioso ante las virtudes ajenas. El escándalo abrumador ante las fallas del prójimo.

Se inicia el relato con el corto desfile, de un silencio elocuente, en pos de un cadáver. El muerto fue un hombre, todo un hombre. Por eso mismo, es acompañado por cinco personas solamente.

Hay quien opina acerca de la vida severa del difunto. Colmó su existencia de grandes realizaciones. Más en el espiritual que en lo material. Y eso significa una grave acusación para quien así declara su manera de comprender al doctor Santa Cruz.

Fue una máquina perfecta que nunca funcionó en toda su plenitud, el amigo, que tan mal conoció al amigo, se siente dominado por la vida huidiza, falsa, astuta y, como tal, débil que no rodea de infinitos contrastes para desorientarnos.

Otro afirma que el doctor concedía, a quien con él hablaba, una rara y serena comprensión de las cosas y de las personas. Elogio indiscutible cuyo alcance, tal vez, no comprende quien lo enuncia.

El doctor sufrió mucho. Mucho lo hicieron sufrir. Todo cuanto escribiera fue, por él mismo, destruido. ¿Para qué dejar huellas materiales, deleznable cuando se cree no haberle dejado, imborrables, en los espíritus?

Todo lo miraba con cariño. Era severo consigo mismo en obediencia a una angustia íntima, solo por él conocida.

La incompreensión de un padre, de caracteres bien delineados, no le permitió fundar un nido en el que todo fuera encanto verdadero. Ante un amor, que era solo respecto, el abandono de un gran cariño, que era todo sacrificio.

En una hábil arquitectura literaria, el autor hace desfilar las divisas valiosas facetas de espíritu superior de Santa Cruz. Otras almas le sirven de espejo. Cada una de ellas refleja un matiz especial.

Para este, fue la más perfecta edición moderna del inolvidable Burlador de Sevilla. ¡Qué mal lo conoció! Santa Cruz sabía hacerle ver a las mujeres que era comprendidas, realmente comprendidas, por él. Tanto en sus evidentes superficiales cuanto en las más ocultas preocupaciones. ¡Ambas son angustias para ellas! Eso no pudo hacerla de don Juan Tenorio. Porque el inquieto engañador nunca supo olvidarse de sí mismo. No sintió la vocación de amar. Le faltaron ideales. Su íntimo egoísmo le impidió tenerlos. Santa Cruz supo crearlos. Don Juan fue incapaz de ser un creador. Acostumbrado, el sevillano, decir que era un hombre sin nombre. ¿Sin nombre quien no era nada más que eso: nombre solo nombre? Santa Cruz tenía todo lo necesario para ser cuanto debe ser un hombre. El amigo lo desconoce al compararlo con el ser menos hombre que ha concebido la densa literatura mundial.

La vida de Santa Cruz es una armoniosa trayectoria de generosidad. Busca lo mejor para los hombres. Defiende a la mujer.

Sin exceptuar, siquiera, a la caída. Yeso, para los otros, es no ser práctico. Como no era práctica su espantosa franqueza. La propia conducta era como una silenciosa y elocuente censura para la manera de actuar de los demás.

Interesante, sugestiva de verdad, es la confesión del amigo ingrato. Del resentido por excelencia cuya única preocupación fue siempre la de rebajar, la de destruir. Nunca la de superar. Mucho menos la de superarse.

La vida se presenta, entonces, con una nueva máscara. La de los rencores sordos. La de la sombría envidia, nunca satisfecha en sus ansias de ruina.

Al doctor Santa Cruz no lo mataron ni la desilusión, ni la angustia. No murió de dolor, ni de vergüenza.

Murió de amor. Su pasión, la única pasión suya fue Marcela. De ella recibió siempre la ansiada felicidad. La elegida quiso hacer bien buscándolo en una evasión. Quiso realizar lo mejor para el amado. Alejarse de él. Al mismo tiempo huir del propio yo. La admirable institución femenina así se lo hizo comprender.

Al principio, casi una niña, supo darle confianza, valor, entereza. Se olvidó de los propios anhelos. Se hizo más humana al fundirse en él dándole, si era posible, mayor humanidad.

89 Los límites del hombre

Román Jugo

Duró muchos años aquella devoción espiritual. Aquella espera sin esperanza. Aquel sufrimiento delicioso luego, creyó haberse convertido en la inquietud, en la desilusión para aquella fuerte alma viril. Creyó ser, más que la guirnalda que enaltece, la cadena que hunde. Por eso, huyó.

Cuando, más tarde, Santa Cruz se vio abandonado por todos, sin sentirse vencido, buscó la compañía de la mujer delicada y fuerte. Vino a su mente la suprema aspiración de todo hombre normal. Crear un hijo. Escribir un libro. Un hijo y un libro que había de ser de ella y de él. El hijo, para ampliar los límites de la vida de amigos. El libro, para señalar, en él, los límites de la vida que ha de darle la vida misma. Y para echar abajo esos muros inclementes alzados, como una imprecación, por el prejuicio, por la hipocresía, por la angustia, por el dolor.

El más fiero de los límites que la vida impone al hombre es el miedo. Ese miedo que nos obliga a creer que vivimos presos. Y que al morir no hacemos otra cosa que cambiar de celda.

Contra ese miedo todopoderoso, la novela de Jugo, profunda es su filosofía, nos recuerda la existencia del impulso vital de cada amplio criterio de comprensión, de tolerancia, de sinceridad han de saturarnos de fecundo anhelo de vivir en plena paz con nosotros mismos y con los demás.

La bella novela que analizo no es una queja. No podía serlo ya que es hija de una juventud sana y de iniciativas. No es, tampoco, la voz tardía de un arrepentimiento tardío y lo que peores, inútil.

La novela de Román Jugo es, toda ella, un rosario de perlas de fervor sincero, de emociones sugeridas, de amor a las cosas, a los hombres y a sus manifestaciones múltiples. Es la novela de la esperanza. De la esperanza, sin límites en el tiempo y en el espacio.

La vida, en *Los límites de hombre*, se despoja de sus diversos e innumerables antifaces. Se presenta, tal cual ella es, ante los ojos admirados de los hombres. De aquellos para los cuales todos tienen una más allá de verdad imperecedera, de justicia reparadora, de luz que nunca ha de verse apagada.

Satura, sus rápidas páginas, una energía racional que tiene caracteres propios de satisfacción íntima, de impulso evocador, de euforia omnipotente.

Nos dice que todo, absolutamente todo lo que crece en el universo -así lo infinitamente pequeño como lo ilimitadamente grande- se enriquece, al principio y siempre, en su interior. De ese enriquecimiento íntimo hemos de esperar la propia redención. Nunca de cuanto de exterior nos llegue. Mucho menos de lo que las almas que no son como la nuestra quieran darnos o simulen concedernos.

El crecimiento de espíritu por densidad depende solo de él mismo ¿Qué le importa la apariencia fugaz que de él reproduzca, como espejo infieles, los demás espíritus?

Como se ve, el libro de Román Jugo lo es de hombre y de ideas. De hombres que interesan. De ideas que subyugan. Es una novela que marca un momento psicológico de importancia en el desarrollo de nuestra literatura. Piedra miliar de energía optimista.